



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 18 (2012)

CON LA PLUMA Y EL SABLE: EL CAPITÁN SHERER Y SUS *RECOLLECTIONS*

José ALBERICH

(Real Academia Sevillana de Buenas Letras)

Recibido: 19-07-2012 / Revisado: 24-07-2012

Aceptado: 07-08-2012 / Publicado: 10-12-2011

RESUMEN: El capitán Moyle Sherer fue uno de los muchos militares británicos que dejaron testimonio escrito de sus experiencias durante la Guerra de la Independencia en España, en un libro publicado en 1823 y que tuvo varias reediciones. Su obra aporta una nota de originalidad e independencia al sustraerse a la gran corriente de chauvinismo y parcialidad que dominó en su época y al ofrecer una imagen más comprensiva y favorable de los españoles y de su aportación al esfuerzo de guerra.

PALABRAS CLAVE: Sherer, libros de viaje, guerra de la Independencia.

BRANDISHING THE QUILL AND THE SABER: CAPTAIN SHERER AND HIS *RECOLLECTIONS*

ABSTRACT: The captain Moyle Sherer was one of the many British military officers who wrote their experiences during the Peninsular War, in a book published in 1823, with several reeditions. His work gives a note of originality in this kind of literature, because it moves away the main stream of chauvinism in its time and it offers a more favourable view of Spaniards and Spanish war effort.

KEYWORDS: Sherer, travel literature, Peninsular War.

La primera vez que tropecé con los escritos del capitán Sherer di por supuesto que era irlandés, y esta suposición se debía a que dicho escritor militar es, entre los de lengua inglesa, excepcionalmente equitativo en sus juicios sobre la participación española en la lucha antinapoleónica y excepcionalmente sensible a las manifestaciones de piedad popular de que fue testigo tanto en Portugal como en España. Dicha equidad, tanto militar como religiosa, era (o se suponía) típica de los soldados irlandeses que lucharon en la Península y que gozaron más que los protestantes de la simpatía de los nativos.

Pero estaba equivocado. Al consultar el indispensable *Dictionary of National Biography* me enteré de que el capitán Moyle Sherer (1789-1869) no tenía nada de irlandés. Nació en Southampton, de donde también era natural su padre, si bien su madre procedía de una familia de Cornualles. Se educó en Winchester College, una de las más antiguas (y caras) «public schools» de Inglaterra, y de allí salió para alistarse como alférez en el regimiento nº 34, también llamado «Border regiment», lo cual confirma que pertenecía a una familia acomodada, pues los grados de oficial o «commissions» del ejército se compraban. Su primer destino fue la Península, donde arribó en el verano de 1809 y donde pasó cerca de cinco años, participando en encuentros tan importantes como Albuera, Arroyo-Molinos y Vitoria. Tuvo la desgracia de caer prisionero de los franceses en las últimas semanas de la guerra, durante una de las batallas de los Pirineos, en el verano de 1813. En 1818 fue enviado, con el mismo regimiento, a Madrás, y allí se estrenó como escritor con unos *Sketches of India* (1821) que merecieron cuatro ediciones. Este éxito le animó, a su vuelta a la patria en 1823, a redactar la obra que nos ocupa, sus *Recollections of the Peninsula* (1823), reeditadas cinco veces. Asimismo escribió una obrita titulada *Military Memoirs of the Duke of Wellington* (1830-1832), donde divulga, en una colección destinada al gran público («Dr. Lardner's Cabinet Library»), los hechos de armas del héroe de Waterloo.¹ Compuso igualmente libros de viajes por Italia, Alemania y Egipto, así como un par de novelas que no contribuyeron gran cosa a su reputación literaria. Se retiró del ejército en 1836 y pasó el resto de su vida en el sur de Inglaterra.

Sherer, que nunca destacó entre las primeras figuras de la historiografía inglesa, dio sin embargo una nota de originalidad e independencia al sustraerse a la gran corriente de chauvinismo y parcialidad que dominó en su época. Cuando Richard Ford proponía a su amigo Addington que se llamase a nuestra guerra de la Independencia «guerra de la Dependencia»; cuando el mismo Wellington, en su parte del 21 de diciembre de 1813 sentenciaba que «era ridículo suponer que ni los españoles ni los portugueses hubiesen resistido un momento si se hubiese retirado el ejército británico» y hacía otras muchas manifestaciones despectivas para sus antiguos aliados, como mostró Pablo de Azcárate en su *Wellington y España* (1960); cuando la historia del teniente coronel Napier, basada en los archivos del mariscal Soult, se convirtió en el canon de la verdad absoluta sobre la guerra peninsular, Sherer fue capaz de juzgar esos importantes hechos históricos con una objetividad solo conseguida en nuestros tiempos, o, en todo caso, no antes de la obra definitiva de Sir Charles Oman (1902-1930).

Sherer se dio perfecta cuenta de que el principal objetivo del ejército expedicionario de Wellington, después del fracaso de Sir John Moore, era impedir que Portugal volviese a caer en manos francesas, con lo cual Napoleón habría conseguido llevar a cabo el bloqueo continental de Inglaterra. Toda su estrategia, sin duda inteligentísima, iba encaminada a ese fin. Salvar a España era harina de otro costal. Nadie, ni entre sus jefes, ni en el gobierno británico, se hacía la ilusión de que un ejército inglés de escasos 30.000

¹ [Moyle Sherer], *Recollections of the Peninsula*, by the author of *Sketches of India* (utilizo la cuarta edición: Longman & Co., London 1825) y Captain Moyle Sherer, *Military Memoirs of the Duke of Wellington*, 2 vols., Longman & Co., London 1830-1832. En adelante me referiré a estas obras con las iniciales R para la primera y M para la segunda.

hombres podría derrotar al inagotable ejército napoleónico, que en ocasiones llegó a plantar 300.000 soldados en la Península. Los españoles eran sus aliados, pero ellos tenían que hacer *su* guerra, a fin de impedir que los franceses llegasen a apoderarse de la totalidad del territorio español y a sojuzgarlo, y eso es lo que hicieron. Lo hicieron mal, desorganizados, con rencillas entre junta y junta, con ejércitos improvisados y mandados por una oficialidad inexperta, pero lograron impedir la ocupación total y simultánea del país. Italia, Austria o Prusia fueron barridas por Bonaparte en cuestión de semanas. A finales de 1809, después de casi dos años de guerra, los franceses apenas dominaban la mitad de la Península. Sería injusto creer que la ayuda inglesa fue escasa o no existió, pues, desde el principio de la contienda, el gobierno de Jorge III inyectó dinero y armamento en las provincias sublevadas, tal vez en grado excesivo, y otras tropas británicas que no eran las de Wellington ayudaron a los españoles desde Gibraltar, en la batalla de Chiclana, protegiendo a Cádiz o intentando socorrer a Valencia y a Cataluña. La misma presencia inglesa en Portugal, impidiendo que este fuese reconquistado por Masséna o luego por Marmont, contribuyó enormemente a la victoria final de los españoles. Pero el objetivo principal de Wellington, repito, fue la preservación de Portugal. Cuando se aventuraba fuera de la frontera portuguesa, era siempre asegurándose de que le era posible volver a su retaguardia. Su precioso ejército, pequeño pero aguerrido, tenía que tener las espaldas cubiertas. En último extremo, las fortificaciones de Torres Vedras le asegurarían el reembarco.

Solo después de los Arapiles, cuando Wellington fue nombrado por la Regencia general en jefe de los ejércitos españoles, se puede hablar de una fuerza aliada única, si bien aún entonces hubo disidentes, como Ballesteros, que siguieron actuando por iniciativa propia y entorpeciendo, por su falta de colaboración, los movimientos del estratega inglés. Cuando Sherer redacta sus *Military Memoirs* al final de la década de 1820, ya hace quince años que ha terminado la guerra e incluso ha tenido tiempo de leer el primer volumen de la historia de Napier, pero sigue resistiéndose, como se había resistido antes, a aceptar esa visión triunfalista de sus compatriotas, que atribuían todos los éxitos a Wellington y todos los fracasos a los españoles. En sus páginas se expresa varias veces el juicio más lógico e inevitable que cabe formular sobre el total de la contienda, a saber, que ni los franceses se habrían marchado de España sin las derrotas que les infligió el Duque de Hierro, ni este habría podido derrotarlos si todo el país no hubiese llevado a cabo un alzamiento popular inusitado, por su totalidad y su tenacidad, y una guerra a la desesperada e incesante. Esta es la conclusión a la que llega Sherer:

No: the efforts of the Spaniards to deliver themselves from the yoke of France must never be forgotten; and no man of generosity or of candour would willingly cast a shade over their heroic exertions. They had no government, no ministres, no generals; yet, under all these disadvantages, they ever remained true to the cause; and it is to their partial and continual struggles against the French detachments scattered over the face of their country, that we are indebted for our ultimate success. Had not the forces of the enemy been so constantly employed, and their communications so often menaced by the active hatred of the Spanish people, it is vain to suppose that even the activity and genius of a Wellington, or the discipline and intrepidity of a British army (which, however excellent in composition, was numerically feeble) could have long resisted the combinations of eight marshals of France, and the efforts of two hundred thousand soldiers.²

² «No: los esfuerzos de los españoles por librarse del yugo francés nunca se deben olvidar. Nadie que tenga un

La *History of the War in the Peninsula* (1828-1840) del coronel William F. P. Napier fue sin duda durante el siglo XIX la más completa, extensa y exhaustiva en su género, y también la más influyente en la opinión pública inglesa, pero asimismo estuvo plagada de datos erróneos e interpretaciones malévolas, que solo fueron corregidas por la obra, también vasta, de Sir Charles Oman a principios del siglo XX. Y aquí cabe repetir aquello de «calumnia, que algo queda», pues esa visión ha persistido, a pesar de tanto desmentido erudito, y solo así se explica, por ejemplo, que el *Everyman's Dictionary of Dates*, en su sexta edición de 1971, siga definiendo la guerra de la Península como «between France and England», es decir, como si se hubiese desarrollado en la luna o en algún otro planeta del sistema solar. Napier viajó al sur de Francia para estudiar los papeles del mariscal Soult, quien además le ilustró verbalmente siempre que lo pidió, y siempre miró con más simpatía a sus antiguos adversarios que a los españoles, a los que juzgaba despectivamente, no sabemos si por malevolencia personal o por motivos políticos. Dicha actitud malevolente se deja ver desde el principio mismo de su historia, cuando al tratar del 2 de mayo de 1808 atribuye la heroica rebeldía de Daoiz y Velarde a que estaban borrachos (!).

La admiración por la Francia napoleónica, combinada con la hostilidad o el desprecio hacia los españoles, es un estado de opinión muy generalizado entre algunos ingleses de la época, tanto militares como políticos, e incluso entre algunos intelectuales, y conforma su patrioterica visión de la guerra. Para la oficialidad inglesa, esta era una guerra de academia militar, entre caballeros, con batallas campales en las que morían miles de hombres, pero morían de uniforme, con plumas y entorchados, y si caían prisioneros debían ser tratados con humanidad. En otras palabras, la lucha entre ingleses y franceses era una lucha «civilizada», mientras que la resistencia de los españoles era una cosa bárbara y salvaje, de seres iracundos y desesperados que mataban a mansalva, por la espalda, a los soldados rezagados o indefensos. Ambos modos de combatir tenían su propia lógica. Los ejércitos de Wellington y de Soult seguían las reglas de la estrategia y la táctica, se movían con la retaguardia asegurada, perseguían objetivos militares casi exclusivamente. Los españoles no tenían retaguardia posible; su fin era sobrevivir, los ejércitos regulares, al verse derrotados y perseguidos, se deshacían, y al poco tiempo se transformaban en bandas de guerrilleros. Los guerrilleros se reunían poco a poco en unidades cada vez mayores y se convertían en verdaderos cuerpos de ejército, de varios miles de hombres, como los de Mina o los de Longa. Esa guerra fluida y total, sin grandes espectáculos, tan opuesta a la *gloire* de que alardeaban los franceses, era una cosa nueva para los militares europeos, que la despreciaban como indigna de caballeros.

Todo ello tiene estrecha relación con un fenómeno poco tratado en la historiografía moderna y sobre el que E. Tangye Lean llamó la atención en su libro *The Napoleonists* (1970), subtítulo *A study in political disaffection*. Los napoleonistas eran los ingleses que, para decirlo en pocas palabras, admiraban demasiado a Bonaparte, ya por su genialidad como militar, ya por considerarlo el ejecutor de la ideología de la Revolución Francesa, ya por ambas cosas. Había muchos entre los liberales o *whigs*, tanto entre los militares y políticos como entre los intelectuales que se agrupaban en torno a la *Edinburgh Review*, hasta

mínimo de generosidad o de sinceridad se atrevería a ensombrecer sus heroicas hazañas. No tenían gobierno, ni ministros, ni generales, y sin embargo, a pesar de todas estas desventajas, siempre permanecieron fieles a la causa. Se debe, pues, a sus parciales pero continuas luchas contra los destacamentos franceses que había repartidos por toda la faz del país el que nosotros hayamos triunfado finalmente. Si el enemigo no hubiese tenido que emplear continuamente sus fuerzas para combatir a los españoles o para impedir que sus comunicaciones se viesen amenazadas por el activo odio de estos, es vano suponer que ni la habilidad ni el genio de un Wellington ni la disciplina e intrepidez de un ejército como el británico (que, aunque excelente en su composición, era numéricamente débil) habrían bastado para resistir mucho tiempo las maniobras de ocho mariscales franceses y los esfuerzos de doscientos mil soldados» (R, 249-250).

el punto de que la revista rival, la *Quarterly*, se creó en 1809 por inspiración de Canning y Walter Scott para contrarrestar el derrotismo de los edimburgueses. Paradójicamente, uno de los napoleonistas más conspicuos fue el hispanófilo Lord Holland, que visitó al Gran Corso en París y le envió regalos a su destierro de Santa Helena, si bien siempre defendió la intervención inglesa en la Península. Los napoleonistas jugaron un papel muy negativo respecto a la guerra española, pues creían que Inglaterra debía abandonar España a su suerte, ya que las tropas de Bonaparte eran invencibles y acabarían sojuzgándola. Con tal de que no invadiese Inglaterra, ellos no se oponían a que Francia impusiese por las armas su «benéfica» ideología a todo el continente europeo. Algunos de los hechos bélicos más importantes que ocurrían en la Península —tales como la retirada de Moore, el que Wellington tuviese que retirarse a Portugal después de ganar la batalla de Talavera, o que la victoria de los Arapiles no bastase para permitirle continuar su avance hasta los Pirineos— confirmaban a los *whigs* en su derrotismo y hacían que las peticiones de más medios y más tropas por parte de Wellington se viesan a menudo frustradas.³ Al bueno de Sherer se le llevaban los demonios cuando le llegaba algún periódico de Inglaterra que le revelaba los fallos de la administración británica:

This great and shameful irregularity in providing for the pay of the troops, the followers of the army, and for the vast and necessary demands of the commissariat, obtained frequently throughout the war. Who were interested in the delay of these remittances, it is not for us to say: to ascribe it to indolence and mal-arrangement does not account to us for the fact of so frequent a repetition of the same neglect.⁴

Sherer, sin participar del derrotismo de sus compatriotas *whigs*, sí estaba imbuido en cierta medida de un napoleonismo difuso que le hacía admirar a sus enemigos y simpatizar con ellos hasta un punto que resultaría inconcebible en un militar español. No son pocas las veces que nuestro capitán elogia los movimientos de las tropas francesas que estuvieron a punto de acabar con él, o la maestría de sus generales, especialmente de Soult, o simplemente el marcial aspecto y los grandes bigotes de esos soldados que se enredaban a bayonetazos con los casacas rojas. En varios pasajes de sus *Recollections* se describen escenas en que ingleses y franceses se estrechan las manos a un lado y otro de un arroyo, o beben juntos o cantan al unísono en una breve pausa de la batalla. El mismo final de su participación en la guerra está envuelto en un aire de caballería a ultranza.

I saw two thirds of my picquet, and numbers, both of the light companies and my own regiment, destroyed. Among other brave victims, our captain of grenadiers nobly fell, covered with wounds; our colonel desperately wounded, and many others; and surviving this carnage, was myself made prisoner. I own the preservation of a life, about which I felt, in that irritating moment, regardless, to the interference of a French officer, who beat up the muskets of his leading section, already levelled for my destruction; which must (for I was within six or seven paces of them) have

³ Otro militar británico tan bisoño como Sherer, el *ensign* John Aitchison, reflejó muy bien en su epistolario familiar los altibajos de optimismo y pesimismo sobre la posibilidad de derrotar a Bonaparte que experimentaban tanto los que luchaban en la Península como los políticos que se sucedían en el poder en Londres (Aitchison, 1981).

⁴ «Esta grande y vergonzosa irregularidad a la hora de proveer la paga de la tropa, las necesidades de los que siguen al ejército o las vastas y exigentes demandas de la intendencia, se produjo repetidas veces durante la contienda. No nos toca a nosotros dilucidar a quién interesaban esos retrasos, y atribuirlos a indolencia o mala administración no explica por qué se producían con tanta frecuencia» (M, 223).

annihilated me. This noble fellow, with some speech about «un François sait respecter les braves», embraced me and bade an orderly conduct me to Count d'Erlon.⁵

Ahora bien, la destreza y disciplina que él admiraba como militar en las tropas francesas no le cegaba para valorar la tenacidad, el heroísmo y, en suma, la justicia de la resistencia española. Poco después de poner pie en Lisboa, al encontrarse en Elvas con algunas tropas inglesas que volvían de la batalla de Talavera, le chocó la manera en que sus compatriotas hablaban de los españoles:

The contempt with which they spoke of Spanish prowess was not only uncharitable but unmerited; the generous and fearless ardour with which the Spaniards first rushed to arms, and intrepidly threw down the gauntlet of defiance to that man before whom Italy, Austria, Prussia and Russia had successively bent the knee and yielded the palm of victory; the heroic perseverance with which they endured toil, privation and defeat; the undying resolution with which, though daily routed, they still presented themselves before the victorious legions of a brave and skilful enemy and retired from the field, only to offer themselves as willing victims of another; the unexampled heroism with which Zaragoza, and some other towns, were defended by their inhabitants, without distinction of age or sex; all these were facts which ought to have been known to my fellow countrymen, and on the memory of which the impartial soldier and the good man will ever dwell with enthusiasm and delight.⁶

Algún tiempo después, en Vila Velha de Rodao, su regimiento acampa cerca de una división española mandada por el general Carrera. Se encaminaban a Badajoz y constituían un «remarkably fine body of men, though completely disorganized by defeat» y descorazonados por la derrota que habían sufrido en Alba de Tormes y por la pérdida de Ciudad Rodrigo. Aun así, parecían mirar a los ingleses con desprecio, cosa que el autor interpreta de la siguiente manera:

They knew little, if anything, about the regular practice of war; they only knew that we had not fired a shot by their side since the battle of Talavera; that our companions in arms under Sir John Moore had fled through the strong country of Galicia without fighting, two years before, and their angry and contemptuous

5 «Vi cómo quedaban destruidas dos terceras partes de mi piquete, así como numerosos individuos, tanto de las compañías ligeras como de mi propio regimiento. Entre otras valientes víctimas cayó noblemente el capitán de nuestros granaderos, cubierto de heridas, y nuestro coronel, también herido gravemente, y muchos otros. Yo sobreviví a aquella carnicería y fui hecho prisionero. Le debo el haber salvado la vida (que en aquel terrible momento me importaba poco) a la intervención de un oficial francés que sujetó los fusiles de sus gastadores, ya preparados para mi destrucción, que habría tenido lugar sin ninguna duda, pues yo me hallaba a seis o siete pasos de sus cañones. Este noble sujeto, murmurando algo así como “un François sait respecter les braves”, me abrazó y mandó a un ordenanza que me llevase a presencia del Conde d'Erlon» (R, 353).

6 «El desprecio con que hablaban de las proezas españolas era no solo poco caritativo, sino inmerecido. El generoso y valiente ardor con que los españoles se apresuraron a empuñar las armas y desafiar intrépidamente al hombre ante quien doblaron la rodilla y le dieron la victoria Italia, Austria, Prusia y Rusia; la heroica perseverancia con que sufrieron calamidades, privaciones y derrotas; la incesante resolución con que, derrotados día tras día, volvían a presentarse ante las victoriosas legiones de un enemigo valiente y aguerrido, y se retiraban del campo de batalla solo para tornar a ofrecerse como víctimas de otro ataque; el heroísmo sin igual con que Zaragoza y otras ciudades fueron defendidas por sus habitantes, sin distinción de sexo o edad; todas estas cosas eran hechos que deberían ser conocidos por mis compatriotas, y cuyo recuerdo debería entusiasmar y deleitar tanto a un soldado imparcial como a cualquier buena persona» (R, 69-70).

looks told us plainly that they expected we should retire through Portugal on the advance of Massena with similar precipitation.⁷

Lo cual le inclina a perdonarles su altivez e incluso a hacer un generoso retrato de su jefe, «a strikingly handsome man», sin ningún talento, pero joven, ardoroso e intrépido soldado, un verdadero patriota que moriría en 1812 en las calles de Murcia bajo los sables de cinco dragones franceses con los que había mantenido una lucha desigual. Del mismo modo defiende a algunos de los generales españoles más implacablemente execrados por los ingleses, como La Peña o Cuesta, «an old lion», «an obstinate and intractable old man, fearless, in his own person of the shock of battle, but as ignorant of the conduct of war as one of his own mules»;⁸ pero sus favoritos son La Romana, Alburquerque y Morillo, es decir, los que más colaboraron con las tropas inglesas.

Las *Recollections of the Peninsula* no aportan gran cosa a la historia militar, excepto por su originalidad de enfoque y de apreciación en el contexto de su época, como venimos comentando. Su valor para los lectores actuales reside, sin embargo, en ser una narrativa de las situaciones y estados de ánimo de un hombre que *hizo* la guerra, que la vivió, y que cuenta todo día a día y semana a semana. No cuenta *la* historia, sino *su* historia particular. Hay otros soldados que escribieron libros parecidos,⁹ pero no he leído ninguno que relate con tanta vividez ni que esté tan atento a las cosas y personas que le rodeaban, tanto militares como civiles. El autor es consciente de que la memoria nos traiciona a veces y siempre actúa de forma selectiva: «At the distance of time at which I write, all that was disagreeable in camping is forgotten; while that which delighted is, especially in my present frame of mind, very fondly remembered.» Pero, dentro de estas limitaciones inescapables, «the few anecdotes I relate are true, the military sketches are faithful, and my descriptions of towns and scenery are, with all their imperfections, at least my own. For the reflections, opinions and warm (perhaps romantic) expressions of feeling I have scattered through these pages, they are such as naturally arose to me, both as a soldier and a man.»¹⁰

Desde que el autor, todavía un militar bisoño, desembarca en Lisboa, nos llama la atención su falta de convencionalismos y su agudeza observadora. Sin ocultar su asombro por las muchas bellezas de la capital lusa, se sorprende de que sus compañeros de armas no las admiren y se fijen en cambio en la suciedad y el abandono causados por la guerra y la comparen desfavorablemente con Londres. Siente curiosidad por todo, visita los conventos, de los que habla con sorprendente tolerancia para un protestante; se fija en los mendigos, en cómo son alimentados por las órdenes religiosas y en cómo resultan menos molestos para el transeúnte que los de Irlanda o Londres. Admira los esplendores de la liturgia, nos habla de las visitas que los oficiales ingleses hacían a los locutorios de

7 «Sabían poco, si es que sabían algo, de cómo llevar a la práctica el arte de la guerra; solo sabían que nosotros no habíamos disparado un solo tiro para ayudarles desde la batalla de Talavera; que nuestros compañeros de armas mandados por Sir John Moore habían huido sin luchar por un terreno tan accidentado como Galicia, dos años antes, y sus airadas y despectivas miradas nos decían claramente que esperaban que nos retiráramos por todo Portugal ante el avance de Massena con idéntica rapidez» (R, 130).

8 «Un viejo león», «un viejo testarudo e intratable, sin miedo alguno por su vida en el furor de la batalla, pero tan ignorante como sus mulas [llegó al frente de Talavera en un coche tirado por mulas] del arte de la guerra» (M, I, 100 y 233).

9 Como James Anton, Stephen Morley, John Harris y muchos otros. Ver Alberich (1978: ítems 757-973).

10 «En la lejanía del tiempo en que escribo se olvida todo lo desagradable de la vida en campaña y se recuerda con nostalgia todo lo hermoso, sobre todo en mi actual estado de ánimo»; «las pocas anécdotas que cuento son verdaderas, mis descripciones bélicas son fieles, y las de ciudades y paisajes, con todas sus imperfecciones, son al menos de mi propia cosecha. En cuanto a las reflexiones, opiniones y sentimientos (a veces expresados con ardor romántico) que he diseminado por estas páginas, son las que han surgido en mi ánimo, tanto del hombre como del soldado» (R, 2-3).

monjas e incluso llega a presenciar una toma de velo. Nota con satisfacción que, como en la mayoría de los países católicos, las iglesias estaban siempre abiertas, para que los fieles acudiesen a ellas en las horas de aflicción y hallasen consuelo rezando a sus santos, cosa que otros ingleses protestantes condenaban como supersticiosa idolatría. Habla con agradecimiento de la hospitalidad con que le trataron en todos sus alojamientos, a veces por gente muy pobre que apenas tenían comida para ellos, y esta actitud —nos dice— se puede extender a todo el pueblo portugués; «rich and poor, the clergy and the laity, the fidalgo and the peasant» se desvivían por agradar a sus aliados, pero tales sentimientos fueron cambiando durante el curso de la guerra cuando muchos británicos empezaron a exigir como derechos propios lo que los portugueses les otorgaban por cortesía, cuando empezaron a burlarse de sus costumbres, su frugalidad o sus sentimientos religiosos, o a insultarlos después de agarrar brutales borracheras. A este respecto, Sherer observa agudamente: «the English are admired not only in Portugal, but all over Europe, as a free, an enlightened and a brave people, but they cannot make themselves beloved; they are not content with being great, they must be thought so and told so.»¹¹

Sherer sirvió casi todo el tiempo en el cuerpo de ejército de Sir Rowland Hill, a un lado y otro de la frontera portuguesa en Extremadura, hasta que en 1812, con la batalla de los Arapiles, Wellington se abrió camino hasta Madrid y al año siguiente derrotó a los franceses en Vitoria y rebasó los Pirineos. Nuestro capitán soñaba con llegar a Sevilla, pero no pasó de Zafra, y apenas consiguió visitar alguna que otra ciudad importante. Estuvo en Toledo y en Aranjuez, pero a su unidad no se le permitió entrar en Madrid, que Sherer vio en una escapada furtiva. De su narración se nos quedan grabadas dos acciones en gran escala, la sangrienta de Albuera (mayo de 1811), donde los ingleses perdieron 4103 hombres entre muertos y heridos, y la inolvidable toma de Vitoria, relativamente poco mortífera, pero decisiva para el final de la guerra y sobre todo impresionante por el saqueo de la comitiva del rey José, que Sherer, como testigo presencial, relata con interesantes detalles:

I was much struck with one affecting, though simple proof of the attachment of our peninsular allies: the hands of vast numbers of the British corpses had been clasped together in the attitude of prayer, and placed by the Spaniards in the manner they superstitiously imagined it important to lay out their dead.¹²

He leído algunos otros relatos de soldados ingleses, pero no he encontrado ninguno como el de Sherer que nos transmita la sensación de acompañarle en sus marchas y acampadas, de compartir sus tiendas de campaña, o las largas noches al raso que tuvo que pasar muchas veces, o el nerviosismo de las vísperas de una batalla cuando se espera al amanecer y se ven a lo lejos las innumerables hogueras del ejército del enemigo. Nuestro militar era un hombre sensible al que le gustaba contemplar la naturaleza y tratar al paisanaje de las zonas que recorría; que no debía de ser demasiado aficionado a las francachelas con sus compañeros de armas, pero que, sin embargo, gracias a los privilegios de que gozaba la oficialidad, podía permitirse el lujo de llevar en su bagaje unas cuantas docenas de botellas de sauternes o cincuenta volúmenes de literatura inglesa con los que entretener sus ratos

¹¹ «Los ingleses son admirados no solo en Portugal sino en toda Europa por ser un pueblo libre, ilustrado y valiente, pero no se hacen querer, pues no se contentan con ser grandes; hay que creerlos grandes y decírselo» (R, 51).

¹² «Me impresionó mucho una prueba emocionante aunque sencilla de la amistad que nos profesan nuestros aliados de la Península: muchos de los cadáveres de soldados británicos tenían las manos enlazadas en una actitud de plegaria, pues los españoles se las habían colocado así, en lo que ellos creen supersticiosamente es la forma en que deben yacer sus muertos» (R, 226).

de ocio, que en la vida militar son muchos. Si bien, como dice en el Prefacio, trataba de embellecer la dureza de las batallas, no deja de narrarnos incidentes y escenas horripilantes, como el del coronel francés descubierto por sus soldados con el cráneo destrozado, o la desolación de algunas partes de Extremadura, despobladas por el incesante paso de los tres ejércitos, o las penurias y hambres que sufrían a veces por los fallos de la intendencia, sin olvidar las epidemias, sobre todo de malaria, que causaban más muertes que las batallas, o las fiebres que Sherer mismo tuvo que padecer en su propia carne poco después de pisar suelo español por primera vez en el otoño de 1809.

De esta pequeña historia del día a día, que es la base de la gran historia que luego pasa a los manuales, nos habla el capitán Sherer en sus *Recollections of the Peninsula*, un libro de pocas páginas pero escrito con tan sencillo arte, con tanto amor por el recuerdo y la verdad que nos deja conmovidos.

BIBLIOGRAFÍA

- AITCHISON, John (1981), *An ensign in the Peninsular War. The letters of...*, Michael Joseph, Londres.
Edición de W. F. K. Thompson.
- ALBERICH, José (1978), *Bibliografía anglobispánica*, The Dolphin Book Co., Oxford.
- AZCÁRATE, Pablo de (1960), *Wellington y España*, Espasa Calpe, Madrid.
- OMAN, Charles (1902-1930), *A History of the Peninsular War*, Londres, 7 vols.
- SHERER, Moyle (1825), *Recollections of the Peninsula, by the author of Sketches of India*, Longman & Co., Londres, 4ª ed.
- (1830-1832), *Military Memoirs of the Duke of Wellington*, Longman & Co., Londres, 2 vols.
- LEAN, E. Tangye (1970), *The Napoleonists. A study in political disaffection 1760-1960*, Oxford University Press, Oxford.